

Respondiendo a los amigos



Tiempo de lectura: 4 min.
[Julio Castillo Sagarzazu](#)
Mié, 28/09/2022 - 06:34

Una nota del lunes pasado provocó algunas reacciones en los grupos a las que normalmente las envío. Me ha parecido que, en lugar de responder individualmente a los amigos que tuvieron la deferencia de tomarla como referencia para abrir o continuar un interesante debate, trataré de escribir otra para cumplir tal cometido.

Aquí va entonces la respuesta a los amigos:

Primero, “noblesse oblige”: gracias a quienes generosamente se expresaron de acuerdo con las ideas allí expuestas e hicieron comentarios favorables, pero sin duda, lo que más sentido tiene es continuar el debate con aquellos que plantearon objeciones y/o propuestas diferentes.

Veamos: Si entendí bien un grupo de estos amigos plantean que las primarias no son un buen método de escogencia de un eventual abanderado de las fuerzas democráticas porque de allí podría salir un candidato al que (por sus características) Maduro y la FAN no entregaría el poder. Que la mejor manera de conseguir el candidato potable a Maduro es mediante un consenso que logre dar con el perfil deseado. En apoyo a esta tesis han traído como ejemplo (al menos, así lo hizo el apreciado amigo Pedro Benítez) los de Patricio Aylwin y Violeta Chamorro. Dos personas a quienes Pinochet y Ortega aceptaron entregar el bastón de mando.

Pues bien, admitamos que se trata de una tesis con fundamento; al menos se trata de una propuesta concreta que merece ser analizada.

Veamos:

1. En los casos de Chile y Nicaragua es obvio que hubo un consenso, pero ambos consensos se dieron en un marco geopolítico y de realidades internas bien particulares: en Chile Pinochet había perdido un plebiscito y las fuerzas opositoras habían acordado un pacto para las elecciones que, virtualmente, garantizaba tener un candidato unitario. Es cierto que el PS, que podría haber reclamado para sí la candidatura, tuvo la clarividencia de no ponerse creativo o testarudo y apoyaron a Aylwin. Allí, Pinochet decidió no ser candidato y la escogencia de Buchi, un joven tecnócrata, sin experiencia ni chance alguno, es una muestra de que su fuelle electoral estaba agotado. Además, las Fuerzas Armadas Chilenas fueron reticentes a desconocer los resultados del plebiscito y con ello ya indicaban que no se sumarian ninguna aventura contra la voluntad popular. En Nicaragua, Ortega fue, prácticamente, obligado a convocar unas elecciones en una suerte de celada de presidentes centro americanos en la cumbre de Esquipulas. El entorno geopolítico y la presión militar de la “contra”, auspiciada por un conocido de la política nacional como Elliot Abraams, ayudaron a esta aceptación de elecciones con cierto grado de transparencia. Violeta Chamorro fue la candidata de la Unión Nacional Opositora. Es obvio que, en ambos casos, hubo un consenso alrededor de los nombres y no se necesitaron primarias o ningún otro “método” porque las fuerzas políticas y sociales involucradas no lo consideraron necesario, entre otras cosas, porque no había otros claros contendientes.

2. En las dos realidades, lo que verdaderamente hay que poner de relieve es que la capacidad de negociación y la inteligencia para hacerlo vino sobre todo después y no antes de la victoria. En Nicaragua, “la contra” aceptó desarmarse y Violeta Chamorro aceptó dejar al hermano de Daniel Ortega al frente del Ejército Sandinista. En Chile, Pinochet quedó en el control de las Fuerzas Armadas y con representación parlamentaria de gratis. Eso fue una negociación para cobrar una victoria y demostró, como dijimos, madurez e inteligencia de los actores. Valdría la pena que, en ese espejo, se miraran nuestros candidatos, porque no es descartable que algo parecido tenga eventualmente que hacerse en Venezuela. Obviamente, primero hay que ganar y cobrar.

3. Ahora bien, supongamos por un momento, que nos acordamos y deberíamos lograr un candidato semejante a Aylwin o Chamorro. Un candidato al que “teóricamente” Maduro si aceptaría imponerle la banda presidencial en una eventual sesión de la Asamblea Nacional. Quedaría aun por saber cómo llegamos allí. ¿Como hacemos si se

presentan varios “potables” y si cada quien, con toda legitimidad, asume que el “suyo” es el mejor? ¿Qué método utilizamos? Obviamente que no sería formar una delegación ir a preguntarle a Maduro cual es el que le disgusta menos.

4. Si no hay acuerdos sobre ese tema ¿No es lo preferible acudir al juez popular, a la voz de los ciudadanos para que nos digan que es lo que les parece mejor? ¿No son unas primarias una manera de movilizar con mayores perspectivas a ese 80% de los venezolanos que responsabilizan a Maduro de la tragedia nacional? ¿Tendrá un candidato escogido por un cenáculo (por más respetable que sea) el aliento popular necesario? ¿Resistirá la crítica de que se trata de un candidato que será “tolerado” por nuestro adversario? Las campañas son momentos para agitar, movilizar, entusiasmar. ¿Por qué renunciamos de una vez a ello? ¿No habría más presión social nacional e internacional con una opción legitimadas por un acto popular? ¿No serian unas primarias una manera de acercarse a las grandes mayorías de venezolanos que padecen la crisis y que esperan por lideres y por salidas?

5. Por supuesto que, si las primarias se realizan con el “plomo en el ala” de una “deslegitimación” argumental de una parte de la oposición de buena fe, a la que se sumaría, la de los agentes del chavismo, las primarias no serían lo que deberían ser. Por ello es que un debate sereno, sin exclusiones, sin iconoclastas de ningún lado, es una necesidad esencial. Sería triste que, por razones fútiles o innobles, colaboremos con Maduro en desprestigiar los mecanismos que tenemos para lograr opciones unitarias y fuertes.

Si en este momento hay un consenso ineludible, no es precisamente el de conseguir un candidato, sino uno que exprese el “acuerdo para un acuerdo”.

Convendría, al final de esta nota, recordar el llamado desesperado de Benjamín Franklin: “O actuamos juntos o nos cuelgan por separado”

[ver PDF](#)

Copied to clipboard